



**III CERTAMEN DE  
RELATOS TAURINOS PARA JÓVENES  
PEÑA TAURINA EL QUITE**

**Logroño, 30 Agosto de 2010**

## *Chapó por la suerte de varas*

Hoy no es un día cualquiera, hoy, me he levantado con resaca. Una resaca que no se debe al alcohol, aunque si tuviese que asociarla con alguno, ese sería el champán, cien por cien francés. Ayer disfruté de una inolvidable jornada taurina en Francia, y los encastes Saltillo, Atanasio y Conde de la Corte me embriagaron.

Me dejaré llevar por el recuerdo...

La jornada comenzó con un prometedor *Bonjour*... que traducido al español significa: “Novillada matinal de pura sangre Marqués del Saltillo”.

El pueblo francés al que acudí no cuenta con 15.000 habitantes, y está situado en la región de Aquitania, a 3 horas de viaje de La Rioja, lo que significa que se puede ir y volver en un día, sin que suponga un gran esfuerzo.

Al llegar al pueblo de Orthez, las calles estaban desiertas, pero a medida que me adentraba en el mismo, la gente iba apareciendo vestida de blanco, con fajín y pañuelo rojos. Cuando vi la plaza de toros y sus alrededores, por fin me creí que había corrido. Decenas de personas hacían corro cerca de la plaza, con el ánimo y emoción típicos, en el previo de una corrida.

Con la entrada en la mano, y una media sonrisa en el rostro, entré a buscar una localidad. Tengo que puntualizar, que la novillada era gratuita. La plaza no contaba con mucho aforo, calculo que 3000 localidades, y el ruedo tampoco era muy grande, pero el hierro de Saltillo lucía en el centro, y la zona de la suerte de varas quedaba delimitada. Elegí el sitio en función de la zona donde se picaba, ya que mi intención era disfrutar al máximo de la primera suerte.

El cartel que anunciaba la jornada taurina, representaba un picador, lo cual decía mucho sobre la gran papel que iban a tener los varilargueros, vestidos de oro, al igual que el matador, por la importancia que tuvieron los caballistas en los inicios del toreo. En la actualidad, siguen conservando el oro, pero su labor en el ruedo en las plazas españolas, parece estar pasando a un segundo plano. Después de estar mucho tiempo oyendo hablar de la suerte de varas en Francia, quería saber cómo se ejecutaba allí.

El primer novillo salió, muy cariavacado, poco rematado y veletó, y recuerdo que algo flojo y difícil en la muleta. Pese a esto, la casta estaba presente. Voy a pasarlo por alto y hablaré del segundo novillo, el que más me gustó. Su imponente morrillo, y su trapío se hicieron notar, y por esto, fue aplaudido de salida. Estaba muy en el tipo de Pablo Romero, pero sus ojos achinados le delataban en su procedencia Saltillo. Mientras el novillero y subalternos lo probaron con el capote, salió un único picador. Se dispuso en su sitio, y hasta aquí todo normal. El novillero lo colocó en suerte, y citándolo el picador con el caballo de frente, el novillo entró, y se empleó como manda su encaste. La vara quedó a un palmo del morrillo, delantero para lo que estamos acostumbrados a ver. Segunda vara. El novillo ligeramente más lejos, citándolo desde frente de nuevo, el picador levantándose sobre sus estribos y llamando al burel de tal forma que parecía hablarle. Éste se arrancó de nuevo al galope, y se volvió a emplear con la cabeza baja y de frente. Aquí llegó lo inusual, se le hizo entrar una tercera vez, y ésta fue la más emocionante: el picador se engallitó con torería, y colocándose la garrocha al hombro, provocó al toro, dejándose ver, sin prisa, el novillo estaba colocado, no había prisa, se iba a arrancar de nuevo... y así fue. No hay cosa más bonita que ver el galope de un bravo cuando entra al caballo, sabiendo que éste le va a causar dolor, aceptando la pelea y creciéndose ante el castigo. La figura que formaron y la ejecución en sí misma, me hicieron emocionar, de tal forma que la jornada taurina, si aquí hubiese acabado, ya habría merecido la pena.

La novillada continuó, recibiendo todos ellos tres varas, siendo aplaudidos los picadores que lograron dosificar el castigo, y concediendo a este tercio la importancia que merece. Los espectadores, con claro acento francés, protestaban la carioca, la vara trasera, y guardaban un silencio muy respetuoso, expectantes de esta suerte.

Para mí, la suerte de varas es la más bonita de todas, y es fundamental en la lidia. Es necesaria porque reduce el ímpetu del animal para que prosigan las siguientes fases, donde el toro debe estar más parado, ahorma su embestida lesionando los músculos cervicales para que la cabeza humille y permite que el diestro y los espectadores observemos las condiciones del toro, su comportamiento, bravura, fijeza, codicia, dirección de la embestida...

Cada vez me desilusiono más al comprobar cómo esta suerte va pasando a un segundo plano en plazas Españolas de primera categoría (ya no hablemos en segunda y tercera). La gente protesta cuando se pica a los toros, cuando se ve demasiada sangre. Sé que junto con el momento de la estocada y muerte, es el momento más crudo y menos colorido de la lidia, pero es imprescindible. Como aficionados, debemos valorarla, y exigir que se realice bien. Es la primera suerte, y si ésta se realiza mal, ¿cómo proseguir?, porque, según me han dicho siempre, lo que mal empieza, mal

acaba.

No me gustaría tener que entrar en detalles comparativos entre las corridas en España, o en Francia, aficionados españoles o franceses, gestión de los festejos aquí o allí, pero lo creo necesario. ¿Por qué esta diferencia si las cuadrillas son las mismas? Aquí monopuyazo, allí varas bien dosificadas. Aquí dos entradas al caballo, siendo la segunda un simulacro, allí tres entradas, regalando incluso una cuarta. Aquí rapidez, allí lentitud y buenas formas -como se hacen las cosas en el toreo. Aquí, La Ribera es privada, allí las plazas son de los aficionados.

Siguiendo con mi jornada, terminada la novillada me dirigí a una comida de hermandad entre los aficionados franceses, los ganaderos, y visitantes españoles. Antes de comer, tuve tiempo de charlar con los ganaderos, lo que siempre supone un lujo. Ganaderos como Moreno de la Cova y Dolores Aguirre, que apuestan por encastes duros y difíciles de manejar, se merecen todo nuestro respeto y admiración, y las muestras de afecto de los aficionados franceses estuvieron presentes.

Después, con buen sabor de boca, volví a la plaza, a la corrida de los Atanasios de Dolores Aguirre. El respeto, lentitud y magnificas suertes de varas, junto con la casta, volvieron a repetirse. La corrida finalizó, y la jornada llegó a su fin. ¡Qué corto se me hizo el día!

Me gustaría finalizar con una reflexión: *así como el buen perfume no necesita de lujosos frascos, la casta y buen hacer en la lidia, no necesita de Monumentales*. Reivindiquemos la casta, ya que sin toro, no existe emoción. Dejémonos del monoencaste comercial, evaluemos la labor del espada en función del toro al que se enfrenta, exijamos una lidia ordenada y la suerte de varas bien ejecutada, una presidencia que nos defienda sin temor, y así, dará igual que nuestra plaza sea de segunda, o de tercera -como era esta francesa-, así tendremos una Monumental.

**Ana Zaldívar Salaverri**